

La cotidianeidad de jóvenes en situación de exclusión y vulnerabilidad social en el área de la ciudad de Buenos. Perspectiva de construcción comunitaria a través de investigación-acción

Susana Seidmann¹

Jorgelina Di Iorio²

Resumen

Se viene desarrollando una investigación-acción (Montero, 2006), que tiene como objetivo general indagar sobre los procesos de construcción de identidad y las trayectorias de vida de personas en situación de calle en la Ciudad de Buenos Aires, y generar un espacio de participación y reflexión colectiva para problematizar las condiciones de la vida cotidiana, a partir de distinguir los condicionantes biográficos y los socio-históricos sobre su situación. En este trabajo se presenta un análisis de la etapa de intervención, en el marco del diseño de investigación-acción y los alcances de la participación social como estrategia de fortalecimiento individual y colectivo.

Palabras clave: personas en situación de calle – identidad – participación comunitaria -

Abstract

An action research has been developed (Montero, 2006), whose general objective is to investigate the processes of identity construction and the life trajectories of homeless people in the City of Buenos Aires, and create a space for collective participation and thinking for the problem of the conditions of daily life, starting with distinguishing the biographical and socio-historical conditions on their situation. This paper presents an analysis of the state of the intervention, within the framework of action research design and the scope of social participation as a strategy for individual and collective strengthening.

Key words: homeless people – identity – communitarian participation -

¹ UB-UBA, susana.seidmann@ub.edu.ar

² UBA-Conicet; diiorio.jorgelina@gmail.com

Estar en situación de calle, personas de la calle, habitantes de calle, deambulantes, personas sin hogar, homeless, son algunos de los términos que se encuentran en la literatura internacional para hacer referencia a una problemática social compleja. Además de déficit de vivienda y de trabajo, acumulan otro conjunto de vulnerabilidades psicosociales entre las que se incluyen el debilitamiento de la red socio-familiar de apoyo, el aislamiento social, padecimientos físicos y de salud mental, exposición a violencias, así como también dificultades en el acceso a derechos sociales, culturales y políticos. La problemática no se reduce a quienes literalmente utilizan el espacio público como lugar de pernocte, sino que la calle constituye un escenario de vivencia y supervivencia en un continuo proceso de posesión/desposesión material y simbólica. La calle, en tanto término polisémico, implica abrigo, el lugar donde se está alojado, y un modo de vida, considerada una compleja red de relaciones que se torna invisible para el conjunto de la sociedad.

Incluir la situación de calle en la categoría *Marginaciones Sociales* (Sidicaro, 2012), supone priorizar los procesos y la consideración sobre la sociogénesis de dichas marginaciones. Desde esta perspectiva, estar en situación de calle no es un estado o una cosa, sino una relación social, donde lo efímero se convierte en constante, emergiendo una forma de padecimiento social relacionada con expresiones de inequidad e injusticia social, configurándose identidades estigmatizadas. Constituye una de las formas institucionales en las que se expresan las marginaciones sociales en los contextos urbanos, entendida en términos de complejas relaciones entre diferencias económicas, desigualdades jurídicas y desafiliaciones sociales (Di Iorio et. al 2015).

En la Ciudad de Buenos Aires, según los datos oficiales, se estima que hay aproximadamente 1066 personas en situación de calle³. Sin embargo, para las organizaciones sociales que trabajan con la temática, el número se cuadruplica, y no se reduce a quienes viven literalmente en el espacio público. Se realizó un censo de personas en situación de calle por iniciativa de diversas ONG's vinculadas con el tema en 2017. Se consideró que estar en situación de calle incluye a quienes habitan el espacio público, quienes se encuentran en la red de alojamiento nocturno de la Ciudad

³ Según el relevamiento anual realizado el 10 abril de 2017 por el Gobierno de la Ciudad, tal como establece la Ley N° 3706/11 de Protección y Garantía Integral de los Derechos de las Personas en situación de calle y en riesgo a la situación de calle de la Ciudad de Buenos Aires.

que incluye paradores y hogares conveniados y quienes se encuentran en situación de calle propiamente dicha. Según este relevamiento se encontraron 4394 en situación de calle y hay 1478 personas alojadas en la red de alojamiento nocturno.

Quiénes son: caracterización de la población en situación de calle en la Ciudad de Buenos Aires

En general, la mayoría de las personas que se encuentran en situación de calle no nacieron en la calle, sino que fueron llevadas a esa situación. La situación de calle constituye una síntesis de múltiples determinaciones, es decir, no puede ser explicada a partir de un único factor, pese a que las personas en situación de calle por lo general atribuyen su situación a una situación de crisis biográfica (divorcio, desalojo, desocupación), que no puede ser superada o atravesada por “dificultades personales”, haciendo que algo transitorio evolucione hacia la cronicidad. Sus historias se caracterizan por poseer trayectorias laborales y educativas fragmentadas y, aunque no están insertos en el mercado laboral y educativo formal, la mayoría realiza actividades precarias de generación de ingresos para su subsistencia y se incluyen en distintas ofertas socio-educativas no formales como estrategia de cuidado (Seidmann et. al. 2015).

La cotidianeidad de las personas que están en situación de calle (PSC), se caracteriza por el despliegue de un conjunto de secuencias preestablecidas temporal y espacialmente, para satisfacer necesidades básicas, tienen, por experiencia e información de pares, armados recorridos cotidianos en los cuales resuelven diferente clase de necesidades (higiene, alimentación, aprendizajes, obtención de ropa) (Seidmann et al., 2009). La cronificación de esta situación de vida, genera que las PSC se inscriban simbólicamente desde lo que les falta, recorriendo una territorialidad organizada a partir de circular por distintas ofertas socio-asistenciales. Dicha oferta socio-asistencial está integrada por (a) organizaciones confesionales, (b) gubernamentales, (c) sociales y/o políticas, (d) no gubernamentales no confesionales y (e) grupos autoconvocados, que se definen como dispositivos. Por dispositivo se entiende un conjunto heterogéneo de elementos en los que se incluyen individuos ejerciendo distintos roles, con uno o varios objetivos en común, que surgen para atender un problema o una situación, desplegados en un tiempo particular, que *“se implementan para una cierta población e implican la utilización de diferentes formas de*

encuadre de trabajo, requisitos y normas de funcionamiento, horarios, formas de contener, de escuchar y de orientar” (Pawlowicz et. al, 2011, p.177). Desde ese conjunto de dispositivos se despliegan prácticas de intervención psicosocial que tiene como finalidad el mejoramiento de las condiciones de vida de las PSC o la promoción de su bienestar social. Es la población con la que trabajan, lo que hace que los equipos definan sus prácticas como comunitarias, poniendo el acento en el objeto de intervención, más que las dimensiones técnicas y ético-políticas de las mismas (Seidmann et. al 2015).

La participación como estrategia de intervención psicosocial

Como plantea Wiesenfeld (2016), la Psicología Social Comunitaria, se caracteriza por priorizar la participación, la reflexión crítica y la concientización sobre los modos en que opera el orden social hegemónico como modo de promover el cambio social. Como campo de conocimiento, desplaza la mirada psicológica individual hacia la social-comunitaria, adoptando como valores la inclusión, el respeto a la diversidad de experiencias, saberes y recursos, y la democratización de las relaciones de poder. Desde esa perspectiva, se desarrolla la investigación-acción (Montero, 2006), que tiene como objetivo general indagar sobre los procesos de construcción de identidad y las trayectorias de vida de PSC en la Ciudad de Buenos Aires, y generar un espacio de participación y reflexión colectiva para problematizar las condiciones de la vida cotidiana, a partir de señalar los condicionantes biográficos y los socio-históricos sobre su situación.

Luego de una etapa diagnóstica, con el objetivo de caracterizar la oferta socio-asistencial en la Ciudad para personas en situación de calle y describir las prácticas de intervención y los discursos en los cuales se anclan, se trabajó en profundidad con una de las organizaciones que participaron, a fin de problematizar los significados y aportes vertidos. Con este objetivo, nos acercamos a la Asociación Civil Asamblea Popular Plaza Dorrego – San Telmo, en la que desde el 2002 se realiza un trabajo socio-asistencial con esta población, desde un comedor comunitario que funciona semanalmente⁴.

⁴La Asamblea Popular Plaza Dorrego es una organización social y política que surgió en el contexto de la crisis del 2001, como una expresión de participación plural y horizontal. Desde ese momento, y sin responder a ningún partido político, desarrolla en el barrio de San Telmo actividades educativas,

Desde 2015, y como resultado de un diagnóstico participativo, se conformó un dispositivo denominado “Malabardeando”, en el que, con foco en la participación, se promueve la inclusión de personas en situación de calle a un grupo de apoyo semanal, orientado a la resignificación de sus experiencias, en el que se pretende generar transformaciones subjetivas y colectivas con un sentido fortalecedor. A través de un diálogo entre saberes -los de las PSC, los de los miembros de la organización y los de quienes investigan - se consolidó un espacio en el que, a través de la palabra, se comparten experiencias, malestares y aprendizajes para transformarlos colectivamente en estrategias de resolución de conflictos y prácticas de cuidado. Se pretende superar la dinámica tutelar que predomina en el circuito socio-asistencial por el que transitan quienes están en situación de calle, en el cual se configuran prácticas mediadas por representaciones sociales sobre las PSC basadas en el descontrol, la irresponsabilidad y la incapacidad, que los colocan como objetos de control y como receptores de cuidado, atribuyendo que no saben ni pueden cuidarse. Es decir, se los infantiliza en algunas organizaciones, castigándolos cuando transgreden las normas institucionales (Seidmann, et. al., 2015).

Frente a ese entramado asistencialista, que promueve lugares pasivos, surgen otras intervenciones que focalizan en la importancia de la participación de las personas para la reducción o eliminación de los efectos negativos de ciertos padecimientos, promoviendo la construcción de otros posicionamientos sociales. Según Montero (2006), la participación es un proceso continuo, incluyente y libre en el que hay variedad de actores, de actividades y de grados de compromiso, orientado por valores y objetivos compartidos, que da lugar a transformaciones individuales y colectivas. Como dice Sánchez (2000), participar incluye “tener parte de” algo que pertenece a un grupo, “tomar parte en” algo con otros y “ser parte de” algo, es decir, involucrarse.

Transformaciones subjetivas, colectivas y comunitarias

#Malabardeando: hacemos malabares para dejar el bardo

recreativas, de memoria y de asistencia a personas en situación de calle, que se traducen en la ampliación de derechos sociales, políticos, económicos y culturales.

En lenguaje coloquial, el término “bardo” es utilizado por las PSC para referirse a situaciones conflictivas, problemas o excesos, que tienen consecuencias negativas para las personas. Específicamente la expresión *hacemos malabares para dejar el bardo* habilita a las personas en situación de calle a incluirse como sujetos activos en la gestión de riesgos y la reducción de daños, a partir de la socialización de estrategias, así como también en la construcción colectiva de prácticas de cuidado y auto cuidado. Por malabares se entiende al arte de manipular y ejecutar espectáculos con uno o más objetos a la vez volteándolos, manteniéndolos en equilibrio o arrojándolos al aire alternativamente, usualmente sin dejar que caigan al suelo. Los malabares se conocen por su dificultad y por la necesidad de ciertas habilidades. Esta actividad se utiliza como metáfora de acciones constructivas posibles que los alejan de otras que implican daños a sí mismos y a otros, diferentes situaciones de violencias. De acuerdo con esto, cada domingo, en “la previa de la olla”⁵, como dicen quienes participan regularmente, se juntan para “hacer malabares para dejar el bardo”. Se trabaja sobre aspectos relacionados con la tensión entre sometimiento y autodefinición, en clave de construcción de autonomía y cambio. Pero, ¿cómo se evalúa el impacto que posee ese trabajo psicosocial? ¿Qué elementos permiten observar transformaciones subjetivas, colectivas y comunitarias? En este sentido, y para identificar qué cambios registran los participantes a partir de su inclusión en el dispositivo, se realizó una evaluación con enfoque participativo (Alvarez et cols., 2008), a partir de la realización de dos grupos focales, en los que se historizó la participación y se diferenciaron niveles de cambio o transformación. Asimismo, se trabajó con los registros de campo realizados por observadores participantes (febrero 2016-junio 2016). Los datos se analizaron de manera inductiva, a partir de la construcción de categorías emergentes. La triangulación de fuentes (primarias y secundarias), de tipo de registros (verbales y gráficos) y de técnicas (observación participante, grupo focal), constituyó una herramienta de validación de los datos.

#ElAbrigoEsElColectivo

Los relatos de los participantes se sistematizaron, en un primer momento, diferenciando transformaciones subjetivas (*“en mí”*), colectivas (*“en el grupo”*) y en lo que los participantes llamaron *“afuera”*, remitiendo a la relación con el barrio y con

⁵En referencia al comedor comunitario que funciona los días domingos en el local de la Asamblea Plaza Dorrego, en el barrio de San Telmo, al que concurren 150 personas en situación de calle a almorzar.

otras instituciones. Bajo la categoría emergente “el abrigo es el colectivo”, con la que las personas en situación de calle hacen referencia al sostén afectivo generado por la participación social y por la posibilidad de “hacer grupo”, se organizó el material en términos de funciones psicosociales que deberían verse fortalecidas como consecuencia de la participación como eje de la intervención: *ampliación de la red social, reactivación de la afectividad y desarrollo de habilidades sociales*.

a) Ampliación de la red social: el debilitamiento de la red social, así como lo provisorio del tipo de vínculo que construyen las personas en situación de calle producto de su situación, es parte de sus padecimientos. Los participantes registran ampliación y fortalecimiento de la red social desde “*que vienen a la olla*”: *tienen a quien contarle cosas, tengo amigos, empecé a ir a lugares que no me imaginé que iba a ir como la universidad, conocí más gente que no me ve solo como alguien que vive en la calle, nos pasamos data [información] de lugares pìolas para ir, esperamos encontrarnos acá los domingos porque le ganamos horas al día*. Estas ideas dan cuenta del apoyo social (emocional e instrumental), del acceso a recursos (simbólicos y materiales) y de la importancia del encuentro con el otro. Se observa, además, lo que Speck (citado en Dabas, E. y Najmanovich, D.; 1995) denomina “efecto de red” aludiendo a lo que se produce cuando un colectivo descubre que juntos pueden lograr algo distinto a cuando lo intentaban por separado: “*si esto da resultado [en referencia a como la radio y el malabarizando hacen que la gente que concurre se sienta mejor]: ¿por qué no lo hacemos más seguido?*”. Se registra en las notas de campo relatos de los participantes en los que refieren que están más tiempo juntos, no sólo en la Asamblea sino en otras instituciones a las cuales concurren.

b) Reactivación de la afectividad: frente a la desesperanza aprendida (Seligman, 1989) o el fatalismo latinoamericano (Martín - Baró, 1983), se observa como gradualmente se transita de un momento que los participantes llaman “*como dormido, anestesiado*” a otro al que denominan “*despertarse*”. Mientras el primero alude al relato de situaciones de alto nivel de padecimiento subjetivo sin que se expresen explícitamente emociones, ni en lenguaje verbal ni en el no verbal; el segundo momento se relaciona con la conexión emocional con otros. Esta aparece tanto por compartir relatos de experiencias infantiles o familiares satisfactorias, por el anhelo de lo que tenían que ahora no tienen, así como también enojo y malestar por las vivencias actuales. Las

personas destacan la importancia de ser reconocidos y de ser escuchados, cuyo padecimiento es equiparable a la falta de alimentos, ropa o cobijo.

c) Desarrollo de habilidades sociales: Las habilidades sociales son las capacidades que posee un individuo para percibir, entender, descifrar y responder a estímulos sociales, especialmente en el vínculo de interacción con otros (Blanco Abarca, 1983). Existen primeras habilidades sociales, habilidades sociales avanzadas, habilidades relacionadas con los sentimientos, habilidades alternativas a la agresión, habilidades para hacer frente al estrés y habilidades para la planificación. Se identificaron cambios especialmente en los primeros cuatro tipos de habilidades sociales. Entre las *primeras habilidades sociales* está el desarrollo de la empatía: *“tengo a quien contarle algo, y esos también me escuchan a mí, nos registramos, y eso está buenísimo, no pasa no en todos lados”, “es loco porque es un lugar donde si no venís una vez, te buscan”, “nos encontramos en otros comedores y nos saludamos o preguntamos si viste a fulano”*. Entre las *habilidades avanzadas*, se encuentra el aumento de la participación, no sólo en las propuestas del Malabardeando sino en otros escenarios de interacción. Los participantes pudieron identificar en el análisis de sus trayectorias, un aumento gradual de la propia participación, así como de la posibilidad de expresar las propias opiniones, lo que también es considerada una habilidad social avanzada: *“yo antes venía solo a comer, después empecé a colaborar en la cocina y ahora estoy en la radio”, “un día me dieron el micrófono para que cuente algo de los paradores, y después pregunté si me podía sumar (...) hoy tengo un bloque de tango en la radio con otro compañero”, “es como que te sentís incluido, te dicen que te sumes, que podes opinar, y en un momento te animas, y acá estamos”*. En relación a las habilidades relacionadas con los sentimientos, se hace referencia a la posibilidad y capacidad gradual de expresar emociones y afectos, así como el enfrentamiento de sus miedos. Este tipo de habilidad es altamente valoradas por los participantes, atribuyendo al dispositivo un potencial expresivo e inclusivo: *“tu opinión cuenta”, “es un lugar donde te podés expresar”, “está el que dice algo en el grupo o pide el micrófono en la radio, y los que parece que no te están escuchando, que están en cualquiera, pero que después se acercan y te piden un tema o que hables de tal cosa”, “un día se nos ocurrió hacer un sketch durante la radio y se pudo hacer, y al ruso le encanta hacer magia, y vos decís que tiene que ver con la radio, y bueno nada, pero todos pueden hacer algo”, “tenés a quien contarle las cosas, ¿sabes lo que significa eso, que alguien te escucha?”*. Finalmente, las habilidades alternativas a la agresión son

puestas en juego en este espacio, en dónde el cuidado del otro es un eje central. Compartir, ayudarse, ejercer el autocontrol de la agresividad, negociar, son habilidades adquiridas y aprendidas colectivamente: *“podes decir y opinar, pero siempre con respeto, porque a veces el otro te violenta o te lo pide mal”, “la gente viene mal, todos la pasamos mal a la noche, pero no da pudrirla acá, porque venís a buscar un espacio de tranquilidad”, “te controlas un poco más cuando venís”, “si sé que voy a venir me cuelgo menos, no tomo tanto para poder venir pillo”, “te vas distinto, como en otra onda, y entonces cuando te vas de acá no la bardeás [exponerse a peleas en este caso] tanto”, “no es que agachas la cabeza, pero empezás a pensar que no da engancharse tanto en el mambo del otro”.*

#PoderMutante

El aumento de la participación y ese sentimiento creciente de ser-en-relación-con-el-mundo, experimentado por las personas en situación de calle, dio lugar a nuevos procesos de intervención.

La problematización de las trayectorias de vida y de los modos en que habitan la ciudad, en función del modo en que se configura una rutina de subsistencia, permitió que las personas en situación de calle reconocieran la base normativa desde la que se construye el espacio público. Es decir, en función de los sentidos atribuidos se registran usos diferentes del espacio según grupo social, los cuáles se califican como adecuados o inadecuados en base a los criterios social y culturalmente atribuidos. De algún modo, ese argumento es el que legitima el control social sobre el espacio urbano, el cual genera múltiples formas de violencia institucional de la que las personas en situación de calle son objeto.

Una a la que se prestó particular atención fue la invisibilización del problema, acompañada de “correrlos” de los lugares públicos en los que “ranchan” o paran habitualmente, bajo el discurso de la inseguridad y la peligrosidad.

Frente a esto, la idea de “poder mutante” que traen los participantes y que surge del análisis inductivo de los datos y de la validación de los mismos por parte de los/as participantes, alude a la mutación/transformación que viven quienes quedan en situación de calle (padecimientos, deterioros, no acceso a derechos) y también a la transformación o los cambios que pueden conseguirse de manera colectiva para

mejorar su calidad de vida. Entonces el “poder mutante” es identificado por las personas en situación de calle como su capacidad de generar cambios en su vida cotidiana y de incluirse activamente en la gestión de sus padecimientos, tal como se pone en evidencia en el dispositivo Malabardeando y en la inclusión como parte del Censo de Personas en Situación de calle.

Consideraciones finales

A partir de lo presentado, se registra como las personas en situación de calle dan cuenta de un proceso de transformación que va desde las vivencias de soledad y aislamiento hacia un creciente sentimiento de ser en-relación-con el mundo y de ser-con-otros.

En la investigación-acción se demuestra la construcción de un sentido de comunidad - expresado en la identificación con la organización y en la pertenencia al espacio-, y en el empoderamiento - expresado en el desarrollo de habilidades sociales, ampliación de la red social, y reactivación de la afectividad.

La promoción de esos procesos psicosociales da cuenta de una lógica de intervención que promueve la autonomía más que la dependencia. Podría argumentarse que las transformaciones en el plano individual y grupal, tal como muestran los relatos de los participantes, se traducen en un proceso de transformaciones comunitarias, es decir, en acciones de incidencia en lo público. El mejoramiento individual y colectivo se expresa en acciones paliativas centradas en mejorar la calidad de vida de ciertos grupos sociales, producto de la participación como estrategia de intervención y da lugar a otros procesos incluso en quienes se encuentran en situación de sufrimiento social.

Lo que los participantes señalan como cambios, en términos de nuevos aprendizajes, puede enmarcarse dentro de la Teoría Social del Aprendizaje (Wegner, 2001). Mediante un proceso de afiliación producido por la inclusión activa de las personas en actividades concretas, se producen aprendizajes particulares, que se traducen en la posibilidad de ocupar otros lugares sociales y expandir los cambios hacia otras actividades posibles. En este sentido, el Malabardeando puede ser pensado como una “comunidad de práctica”.

La producción de conocimiento científico y tecnológico, la formación de profesionales y la construcción de la agenda de las políticas públicas son dimensiones de la relación Universidad-Comunidad que operan en los procesos de reproducción-transformación social, que exigen colocar la reflexividad como programa epistemológico. Siguiendo a Prilleltensky & Nelson (2002), la investigación puede generar opresión o emancipación, no sólo en función de sus resultados sino del proceso en sí mismo. La dimensión política adquiere central relevancia, ya que el poder no es algo que afecta de tal o cual manera a las poblaciones en condiciones de vulnerabilidad con las que intervenimos, sino que el poder es constitutivo de nuestras prácticas de estudio e intervención, y se introduce en la forma en que pensamos acerca de con quienes trabajamos y en la forma en la que los tratamos. Es decir, usamos poder para investigar e intervenir sobre el poder.

El desafío, entonces, en clave de reconocer los obstáculos y facilitadores en las intervenciones con marginaciones sociales, lo constituye reflexionar sobre nuestras prácticas e indagar sobre sus efectos, incorporando la problematización sobre las relaciones de poder, desde las cuales se configuran relaciones de dependencia o de autonomía.

Bibliografía

Alvarez, S., Bucheli, B., Delgado, R., Maldonado, L., Paz, L., Pozo, A., Rotondo, A.; Thiele, G. (2008). Guía de alcances e impactos de las metodologías participativas sobre innovación rural. Cambio Andino. Serie: Evaluación de alcances e impactos de metodologías participativas, 1.

Blanco Abarca, A. (1983). Evaluación de las habilidades sociales. R.

Dabas, E. y Najmanovich, D. (comps.) (1995). Redes. El lenguaje de los vínculos. Hacia la reconstrucción y el fortalecimiento de la sociedad civil, Buenos Aires, Paidós.

Di Iorio, J.; Rigueiral, G., Mira, F. (2015) Representaciones sociales y prácticas con personas en situación de calle en la Ciudad de Buenos Aires, Memorias de VII Congreso Internacional de Investigación, Facultad de Psicología, UBA, pp. 61-65 Disponible en <http://www.aacademica.org/000-015/588.pdf>

Martín-Baró, I. (1983) *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica*, San Salvador, UCA Editores.

Montero, M. (2006) *Teoría y práctica de la Psicología Comunitaria: la tensión entre comunidad y sociedad*. Buenos Aires: Paidós.

Pawlowicz, M. P. et. al (2011) Dispositivos de atención para usuarios de drogas: heterogeneidad y nudos problemáticos. *Panorámicas en Salud Mental*. A un año de la sanción de la Ley Nacional Nº 26.657. Buenos Aires: Eudeba.

Prilleltensky, I. & Nelson, G. (2002) *Doing Psychology Critically. Making a Difference in Diverse Settings*. New York: PalgraveMacmillan. Sidicaro, R. (2012) La Universidad frente a las marginaciones sociales: investigación básica y aplicada. En *Universidad y Políticas Públicas. El desafío ante las marginaciones sociales*. Buenos Aires: Eudeba.

Sánchez, E. (2000) *Todos con la esperanza. Continuidad de la participación comunitaria*. Caracas: CEPFHE, Universidad Central de Venezuela.

Seidmann, S., Di Iorio, J., Azzollini, S., Rigueiral, G. (2015). Sociabilidades en los Márgenes: Prácticas y Representaciones Sociales de Personas en Situación de Calle en la Ciudad de Buenos Aires. En *Anuario de Investigaciones, Facultad de Psicología, UBA*.

Seidmann, S.; Azzollin, S.; Thomé, S. & Di Iorio, J. (2009) *Prácticas y saberes de la vida cotidiana: las representaciones sociales de quienes viven en situación de calle*. IV Congreso Marplatense de Psicología. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.

Seligman, Martin (1989) *Indefensión*. Madrid: Debate.

Wenger, E. (2001). *Comunidades de práctica: aprendizaje, significado e identidad*. Barcelona: Paidós.

Wiesenfeld, E. (2014) La psicología social comunitaria en América Latina: ¿consolidación o crisis?, *Psicoperspectivas*, 13, 2, 6-18. Disponible en: <http://www.scielo.cl/pdf/psicop/v13n2/art02.pdf>